



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PROFESORES Y ESTUDIANTES DEL "COLLEGIO SAN CARLO" DE MILÁN

*Aula Pablo VI
Sábado, 6 de abril de 2019*

[Multimedia]

Adriano Tibaldi, estudiante

¡Santo Padre buenos días! Mi nombre es Adriano Tibaldi, he asistido al último año del programa del Diploma ib en San Carlos: en estos meses me estoy preparando para los exámenes finales y al mismo tiempo me estoy planteando posibilidades para mi futuro: ¿qué universidad debo hacer? ¿Dónde? Vengo de una familia con una madre estadounidense y un padre italiano. En estos años en el San Carlos, he podido hacer muchas experiencias de voluntariado: el año pasado pasé unas semanas en Perú con algunos de mis compañeros en una misión. Vi pobreza extrema con mis propios ojos, niños y familias enteras sin hogar. Conocí a tres niñas de mi edad que han sufrido violencia de padres o extraños y se han convertido en madres. Escuché historias de niños secuestrados por sus familias, asesinados y privados de sus órganos a cambio de un par de dólares. Me impresionó mucho esa experiencia y me pregunto: ¿por qué parece que Dios hace preferencias? a nosotros, a mí, para mis amigos nos da una vida maravillosa y a otros no... Sobre este tema, ¿qué podemos hacer concretamente, nosotros que nos preparamos para la vida, que elegimos las mejores universidades del mundo? ¿Y qué puede hacer una escuela? Gracias.

Respuesta

Gracias a ti «¿Por qué parece que Dios hace preferencias?» Tu pregunta es buena. Sabía las preguntas, las tengo aquí escritas y tomo algunas ideas para responderlas. Pero antes que nada, os diré algo que no inventé yo, algo que dijo el gran Dostoevskij: *¿por qué sufren los niños?* Hay preguntas que no tienen ni tendrán respuestas y tenemos que acostumbrarnos a esto. Alguno de vosotros que quiere tener las respuestas preempaquetadas va por el camino equivocado,

terminará cometiendo errores y su vida será incorrecta, porque las respuestas preempaquetadas no son necesarias, son como el aire acondicionado en una habitación. Te digo esto para calmar tu corazón, pero tu corazón todavía pregunta: ¿por qué, por qué? Busca la respuesta y hay cosas que no tienen respuesta. Piensa en los niños cuando comienzan a crecer y ven el mundo y no entienden y empiezan lo que la gente llama «la edad de por qué». Los niños se asustan o tienen dudas y miran a papá y mamá y dicen: ¿por qué, por qué? y cuando el padre o la madre comienzan a explicarle, inmediatamente agregan otro ¿por qué? no escuchan la respuesta. Esto que todos podemos ver en los niños, y que también hemos hecho como niños, nos hace entender que la verdadera respuesta que un niño está buscando con los «¿por qué?» no es lo que dice el padre o la madre, sino la mirada del padre y la madre. La inseguridad del niño es tan grande que necesita la mirada de su padre y su madre, y eso le da fuerzas para seguir adelante. Y esta no es una respuesta preempaquetada. La mirada de un hombre que se ha convertido en padre, de una mujer que se ha convertido en madre, no se puede comprar en los almacenes. Es la grandeza de la fecundidad lo que te hace crecer y las preguntas que no tienen respuesta te harán crecer en el sentido del misterio. «¿Por qué parece que Dios hace las diferencias?» Es una buena pregunta, repítela siempre, pero ¿por qué, por qué? Y crece insatisfecho con ese ¿por qué?, sin una respuesta preempaquetada. ¿Entendéis esto o no? ¿O tenéis que preguntar «por qué, por qué» Otra vez? Otra cosa que quiero deciros. ¿Por qué Dios parece hacer preferencias? Te diré otra cosa: nosotros mismos hacemos las diferencias. Somos creadores de las diferencias. ¿Por qué hay tanta gente hambrienta en el mundo hoy? ¿Por qué Dios hace esta diferencia? ¡No! Este sistema económico injusto lo hace donde cada vez hay menos ricos, pero con mucho dinero, y cada vez hay más y más personas pobres, ¡pero sin nada! ¡Nosotros somos los que tenemos un sistema económico injusto que marca la diferencia, que hace que los niños tengan hambre! Alguien podría decirme: «Papa, no sabía que eras comunista». ¡No! Esto es lo que Jesús nos enseñó, y cuando vayamos allí, delante de Jesús, él nos dirá: gracias, porque tenía hambre y me diste de comer. Y a quienes con este sistema matan de hambre a los niños y a la gente, les diría: gracias, porque tenía hambre y me diste de comer. Nos viene bien confrontarnos con este «protocolo» con el que seremos juzgados: Mateo 25. Hacemos las diferencias. Estoy seguro de que todos quieren la paz. «¿Y por qué hay tantas guerras?» Por ejemplo, en Yemen, Siria, Afganistán. ¿Por qué? Si no tuvieran las armas, no harían la guerra.

¿Pero por qué hacen una guerra tan cruel? Porque otros países venden armas, con las que matan niños, personas. ¡Hacemos las diferencias! Y esto lo tienes que decir claramente, a la cara, sin miedo. Y si los jóvenes no pueden hacer estas preguntas, decir estas cosas, no son jóvenes, falta algo en su corazón que lo hace «bullir». ¿Has entendido? Somos nosotros los que hacemos las diferencias. Ya sea con sistemas económicos injustos, o construyendo armas para matar a otros. En la conciencia de un pueblo que hace armas y las vende, está la muerte de cada niño, de la gente, de la destrucción de las familias. El otro día leí en *L'Osservatore Romano* que hay en el mundo, si no me equivoco, más de 900 millones de minas antipersona. Han sido sembradas y después de una guerra, el campesino pobre que va a trabajar la tierra, termina muerto o mutilado porque una explota. ¿Dios hizo esto? No, lo hemos hecho nosotros, los que fabricaron las minas.

En el Sínodo sobre los jóvenes, había un joven ingeniero que contó su historia. Graduado, comenzó a buscar trabajo y envió currículums, lo llamaron... Al final, se presentó a un concurso y ganó... Una gran industria. Pero era una industria que también construía armas y tenía que ser ingeniero en la fábrica de armas. Y este tipo que quería casarse, que quería salir adelante, que estaba feliz por el trabajo, dijo: no, no doy mi inteligencia y mis manos para hacer cosas que maten a otros. Estos son los jóvenes valientes que necesitamos.

Resumen. Siempre debemos hacernos estas incómodas preguntas. Hay preguntas que nunca tendrán respuesta, pero al hacerlas creceremos y nos convertiremos en adultos con la inquietud en nuestros corazones. Y luego ser conscientes de que hacemos las diferencias. Y alguien podría decirme: «Usted habló sobre Siria, Yemen, Afganistán, estas guerras...» Hablemos sobre la escuela, en vuestra clase, cuando llega un niño, un niño que no sabe jugar, ¿quién inventa y organiza el *bullying*? ¿Es Dios? ¡Sois vosotros! Y cada vez que intimidáis a un niño, a un compañero, cada vez que hacéis una declaración de guerra con este gesto. Todos tenemos dentro la semilla de la destrucción de los demás. Tened cuidado porque siempre tenemos esa tendencia a hacer diferencias y enriquecernos con la pobreza de los demás. Te estoy diciendo esto, perdóname si me apasiona un poco, ¡pero esto me hace «bullir»!

[Silvia Perucca, profesora]

Buenos días, Santo Padre, mi nombre es Silvia y enseño en la escuela secundaria clásica del Colegio San Carlos desde hace 13 años. Nosotros, los maestros de todas las órdenes escolares, enfrentamos desafíos educativos cada vez mayores a diario. De hecho, vivimos en una sociedad multiétnica y multicultural, proyectada hacia el futuro y que ofrece constantemente oportunidades de encuentro y confrontación con diferentes personas, herramientas y métodos educativos, solo piense en la tecnología y las oportunidades que ofrece, pero también los riesgos inevitables que conlleva. Como educadores, queremos enseñar a nuestros estudiantes una forma de aprovechar al máximo estas oportunidades abriéndonos a los demás sin temer ningún contraste, gracias a la conciencia de que esto no significa perder la identidad, sino enriquecerla. Por lo tanto, hoy nos gustaría preguntarle cómo podemos transmitir mejor a nuestros estudiantes los valores arraigados en la cultura cristiana y, al mismo tiempo, cómo podemos reconciliarlos con la necesidad cada vez más ineludible de educar para la confrontación y el encuentro con otras culturas. Gracias.

Respuesta

Gracias a ti. Empiezo desde la última parte de la pregunta y luego vuelvo a subir: «¿Cómo podemos reconciliarlos con la necesidad cada vez más inevitable de educar para la confrontación y el encuentro» y «¿Cómo podemos transmitir mejor a nuestros estudiantes los valores enraizados en la cultura cristiana?» La palabra clave aquí es *arraigada*. Y para tener raíces, se necesitan dos cosas: la consistencia, que es la tierra, un árbol tiene raíces porque tiene tierra, y la

memoria. Según los analistas, los académicos, siguiendo la escuela Bauman, el mal de hoy es la liquidez. El último libro de Bauman se llama *Nacidos líquidos* y dice que los jóvenes nacen líquidos, sin consistencia. Pero la traducción alemana, y esto es una curiosidad, en lugar de decir «nacido líquido» dice «desarraigado». La liquidez se produce cuando uno no es capaz de encontrar su identidad, es decir, sus raíces, porque no puede ir más lejos con la memoria y confrontarse con su historia, con la historia de su gente, con la historia de la gente. La humanidad, con la historia del cristianismo: ¡esos son los valores! Esto no significa que tenga que cerrar el presente y cubrirme con el pasado y permanecer allí por miedo. No: esto es pusilanimidad... Pero tienes que ir a las raíces, tomar el jugo de las raíces y continuar con el crecimiento. La juventud no puede avanzar a menos que esté arraigada. Los valores son raíces, pero con esto debes crecer. Riega esas raíces con tu trabajo, con la confrontación con la realidad, pero crece con la memoria de las raíces. Por este motivo, aconsejo hablar con los ancianos: definiendo mi categoría, pero debemos hablar con los ancianos, porque ellos son la memoria de un pueblo, de la familia, de la historia. «Sí, pero hablo con papá y mamá». Esto es bueno, pero la generación intermedia no es tan capaz, hoy en día, de transmitir valores, raíces como los ancianos. Recuerdo en la otra diócesis, cuando a veces les decía a los niños: «¿Vamos a hacer algo? ¿Vamos a esta casa de retiro a tocar la guitarra para ayudar a los ancianos?» —«Padre, qué aburrimiento...» —«Vayamos un poco...» Los jóvenes fueron allí, comenzaron con la guitarra, y los ancianos que estaban dormidos comenzaron a despertarse, a hacer preguntas: los jóvenes a los viejos, los viejos a los jóvenes. Al final no querían irse. ¿Pero cuál era el encanto de los ancianos? ¡Las raíces! Porque los ancianos les hicieron vivir los valores de su historia, de su personalidad, valores que prometen seguir adelante. Esta es la razón por la que los valores arraigados son importantes: uso su palabra: es muy importante.

Entonces, una segunda cosa es la propia identidad. No podemos hacer una cultura de diálogo si no tenemos identidad, porque el diálogo sería como el agua que desaparece. Yo con mi identidad dialogo contigo que tienes tu identidad, y ambos avanzamos. Pero es importante ser consciente de mi identidad y saber quién soy y que soy diferente de los demás. Hay personas que no saben cuál es su identidad y viven a la moda; no tienen luz interior: viven de fuegos artificiales que duran cinco minutos y luego terminan. Conoce tu identidad. Esto es muy importante. ¿Por qué tuviste esta reacción o la otra? «Por qué soy tan...»: conocer la identidad, tu historia, tu pertenencia a un pueblo. No somos hongos, nacidos solos: somos personas nacidas en la familia, en un pueblo y muchas veces esta cultura líquida nos hace olvidar la pertenencia a un pueblo. Una crítica que haría es la falta de patriotismo. El patriotismo no es solo cantar el himno nacional o rendir homenaje a la bandera: el patriotismo es la pertenencia a una tierra, a una historia, a una cultura... y esto es identidad. Identidad significa pertenencia. No puedes tener identidad sin pertenecer. Si quiero saber quién soy, me pregunto: «¿A quién pertenezco?»

Y lo tercero: al principio hablaste de una sociedad multiétnica y multicultural. ¡Demos gracias a Dios por esto! Agradecemos a Dios, porque el diálogo entre culturas, entre personas, entre grupos étnicos es rico... Una vez escuché a un hombre, un hombre de familia, que estaba feliz

cuando sus hijos jugaban con los niños de otras personas, con otra cultura... gente que quizás subestimamos e incluso despreciamos, pero ¿por qué? ¿Quizás tus hijos no crecerán puros en tu raza? «Padre, ¿qué hay más puro que el agua destilada?», me dijo un hombre una vez. «Pero para mí... no siento el sabor del agua destilada... no la necesito para calmar mi sed». El agua de la vida, de esta multiétnica, de este multiculturalismo. No tengáis miedo. Y aquí toco una llaga: no tengáis miedo de los migrantes. Los migrantes son quienes nos traen riquezas, siempre. ¡Europa también la han hecho los migrantes! Los bárbaros, los celtas... todos estos que vinieron del norte y trajeron culturas, Europa ha crecido así, con el contraste de culturas. Pero hoy, tened cuidado con esto: hoy existe la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas. Y cualquiera que levante un muro, quien construya un muro, terminará siendo un esclavo dentro de los muros que ha construido, sin horizontes. Porque le falta esta alteridad. «Pero, padre, ¿debemos acoger a todos los migrantes?» El corazón abierto para acoger, en primer lugar. Si tengo un corazón racista, necesito examinar por qué y convertirme. Segundo: los migrantes deben ser acogidos, acompañados, integrados; que tomen nuestros valores y nosotros los conozcamos, el intercambio de valores. Pero para integrar, los gobernantes deben hacer cálculos: «Pero mi país tiene la capacidad de integrar solo esto». Habla con otros países y busca soluciones juntos. Esta es la belleza de la generosidad humana: dar la bienvenida para enriquecerse. Más rico en cultura, más rico en crecimiento. Pero levantar muros es inútil.

Hace poco mencioné esa hermosa frase de Ivo Andrić en la novela *El puente sobre el río Drina*, cuando habla de puentes y dice que los puentes son una cosa tan inefable y tan grande que son ángeles, no son cosas humanas. Así dice: «Dios hace los puentes con las alas de los ángeles para que los hombres puedan comunicarse». La grandeza de construir puentes con las personas es para la comunicación, y nosotros crecemos con la comunicación. Por el contrario, encerrarnos en nosotros nos lleva a no comunicarnos, a ser «agua destilada», sin fuerza. Por eso os digo: enseñad a los jóvenes, ayudad a los jóvenes a crecer en la cultura del encuentro, capaces de conocer a diferentes personas, las diferencias y a crecer con diferencias: así se crece, con confrontación, con una buena confrontación.

Hay otra cosa, subyacente a lo que dices: hoy en nuestro mundo occidental ha crecido mucho otra cultura: la cultura de la indiferencia. El indiferentismo que viene de un relativismo: lo mío es mío, punto; y la abolición de toda certeza. La cultura de la indiferencia es una cultura no creativa que no te deja crecer; en cambio, la cultura siempre debe estar interesada en los valores, en las historias de otros. Y esta cultura de la indiferencia tiende a apagar a la persona como ser autónomo y pensante, a someterla y ahogarla. Tened cuidado con esta cultura de la indiferencia. De ahí derivan el fundamentalismo, los fundamentalismos y el espíritu sectario. Tenemos que pensar más o menos: una cultura abierta, que nos permita ver al extranjero, al migrante, a la pertenencia a otra cultura como un sujeto a escuchar, considerar y apreciar. Gracias.

[Giulia Missaglia, profesora de apoyo]

¡Buenos días, Santo Padre! Mi nombre es Giulia, soy una antigua alumna y desde hace cinco años soy profesora de secundaria en el Colegio San Carlos. En mis años formativos, conocí figuras que pudieron guiarme y apoyarme en un camino de crecimiento personal y emocional libre. La vocación por la enseñanza nació en mí gracias a la pasión que leí en los ojos de los educadores que me acompañaron en este viaje. Mi mayor deseo es poder ser yo misma también, un mañana, para mis chicos, lo que ellos han representado para mí. Hoy en la escuela también soy la maestra de apoyo de Stella, una niña dulce que ahora está aquí entre nosotros. En mi experiencia directa con ella, pude encontrarme con la fragilidad y la vulnerabilidad de una vida más cuesta arriba que la de otras personas, pero de gran fuerza, valor y dignidad, que despierta respeto y admiración en quienes la rodean. Esperamos, más y más inclusión.

Desafortunadamente esto no siempre sucede. En una sociedad como la actual, donde los tiempos son cada vez más cortos, acelerados, frustrados, la tarea de los educadores es, sobre todo, ayudar a los jóvenes a reconocer el valor de encontrarse con los otros, acoger a quienes son diferente de nosotros, por la razón que sea, pero que como tal es un recurso para nosotros, una fuente de la cual podemos extraer algo. Para hacer esto, creo que es esencial transmitir el valor del tiempo a los jóvenes. El encuentro, para ser auténtico y sincero, lo requiere, lo requiere, ya que requiere custodia, protección, «apoyo» e incluso fatiga, ya que, ante todo, nos desafía y exige nuestro interrogatorio. Le preguntamos, Santo Padre, ¿cómo podemos ser educadores, para nuestros estudiantes, para ser un ejemplo y testimonio de esta tarea tan noble pero igualmente difícil? Gracias.

Respuesta

¡Gracias! La palabra clave es «testimonio y apoyo». No se puede dar ningún apoyo sin, diré una expresión argentina, «poner toda la carne en el asador». Si quieres apoyar a alguien, no solo debes hacer todo; es más: ¡tienes que poner todo en juego! Este es el testimonio. Y allí, con el testimonio que uno apoya, uno hace el apoyo, el testimonio verdadero. Hablé de agua destilada; También diré: un verdadero educador no puede ser un «destilado», algo que se hace en el laboratorio. El educador debe estar en confrontación con la vida y también, diré otra cosa que también se usa aquí en Italia: «ensuciarse las manos», «arremangarse» con la realidad. El testimonio no es tener miedo de la realidad: jugarlo todo. Esto es importante Y luego el apoyo. Con este testimonio no solo darás consejos y luego irás a casa. Stella, por ejemplo, o muchos jóvenes, sentirán que detrás de las palabras, detrás del consejo, primero hay otra cosa: el apoyo de un testimonio. Al educador que no puede dar testimonio, le digo: «que se convierta o elija otra profesión más científica, más de laboratorio». Pero educar sin testimonio no funciona, y educar con un mal testimonio es malo, porque duele mucho.

Luego otra cosa. Apoyo también requiere «bondad». Uno no puede educar sin amor. No puedes enseñar palabras sin gestos y el primer gesto es la caricia: acariciar los corazones, acariciar las almas. ¿Y cuál es el lenguaje de la caricia? La persuasión. Se educa con la paciencia de la persuasión. Testimonio, amabilidad, caricias, persuasión. Ahora entendemos lo que significa

«poner toda la carne en el asador». Luego una pequeña cosa, que tal vez te ayude a no confundirte, pensando en la educación. Educar es introducir en la vida y la grandeza de la vida es iniciar procesos. ¡Enseñar a los jóvenes a iniciar procesos y no a ocupar espacios! Las personas que están educadas para ocupar espacios solo terminan compitiendo para llegar a un lugar.

En cambio, aquellos que están educados para iniciar procesos juegan en el tiempo, no en el momento, no en espacios. El tiempo es mayor que el espacio. Jugando en tiempo, iniciando procesos. Estas son las cosas que me nace decir: apoyo, cercanía, testimonio, amabilidad e iniciar procesos, enseñando cómo iniciar procesos.

[Marta Bucci, madre, presidenta del consejo escolar]

Su Santidad, hemos tenido la gracia de ser padres, se nos ha confiado una vida preciosa para cuidar y amar, y por eso agradecemos al Señor todos los días, aunque no siempre sea fácil. A usted, como padres, en este día de celebración, queremos pedirle ayuda: queremos pedirle tres palabras. Una palabra para nuestros pequeños, para cuando por la noche los abrazamos con fuerza tratando de hacer que sus miedos desaparezcan, para cuando se sienten indefensos y asustados porque el mundo crece más y más, cuando nos piden que los tranquilicemos y los consolemos porque están aprendiendo que no siempre todo termina bien. Una palabra para nuestros hijos, para cuando los vemos despertarse, sonriendo y melancólicos, fuertes y débiles al mismo tiempo, cuando en su difícil navegación entre las muchas emociones nos piden ayuda para entender realmente quiénes son, para cuando no quieren mirar hacia otro lado, pero sienten que su corazón todavía no es tan fuerte, para cuando les gustaría mirar hacia el cielo pero no están seguros de tener también sus alas. Pero, sobre todo, una palabra para nosotros, padres, cuando tengamos que dejarlos caminar solos en el mundo, para poder retroceder un paso, para poder entender sus elecciones aunque sean diferentes de las que imaginamos, para recordarnos que aquellos talentos que hemos custodiado con amor no son nuestros, sino que pertenecen a nuestros hijos y a toda la humanidad, para poder infundirles el coraje que a veces nos ha faltado, para superar nuestra resignación y animarlos a creer que el mundo todavía se puede cambiar.

Respuesta

Gracias a ti. Tres palabras. No es fácil. Tú has usado una palabra muy hermosa: «abrazar». Y con los más pequeños, la cercanía. Recuerda lo que dije antes sobre los «por qué». Están más cerca de la edad del por qué, lo han superado un poco pero necesitan la cercanía de la mirada. Abrazar significa cercanía. Con los pequeños, proximidad. Porque también necesitan un guía más cerca, que no se caigan, al menos que no se resbalen, cosas que les pasan a las personas que caminan. Para los jóvenes les diré lo contrario: animarlos a continuar, a caminar, no solos, siempre en grupo. Y así como con los pequeños, con la cercanía buscaréis que no caigan, con los jóvenes, que caigan, que aprendan, pero que sepan que la caída no es un fracaso. Es una prueba en la vida. Pero luego hablad, ayudadles a levantarse. Hay una canción alpina que a mí

me dice mucho. Vosotros, que sois de esa zona, quizás la conozcáis: «En el arte de escalar, lo importante es no caer, sino no quedarse caído». Enseñad este gesto. ¡Pensad que está permitido mirar a otro desde arriba hacia abajo solo para ayudarlo a levantarse! ¡Otra mirada de arriba a abajo no es permisible, nunca! Pero en ese momento es legítimo. Vosotros, jóvenes, adelante, no solos, sino en grupo. Hay un famoso dicho: «Si quieres ir a toda prisa y llegar primero, ve solo. Pero si quieres ir seguro, ve en grupo». Siempre la comunidad, siempre el grupo, los amigos, que se apoyan mutuamente. Y sobre la caída, lo que ya he dicho. Luego, para ustedes, padres, hay una palabra que los psicólogos usan mucho y que me gusta tanto, y también para ustedes educadores, la experiencia que los educadores tienen el último día en que se van definitivamente: «el síndrome del nido vacío», como lo llaman los psicólogos, cuando en casa uno se casa, el otro se casa y se queda sola la pareja, como al principio de la vida pero solos, el «nido vacío». ¡Vosotros, padres y educadores, no tengáis miedo de la soledad! Es una soledad fructífera.

Y pensad en tantos niños que están creciendo y haciendo otros nidos, culturales, científicos, de comunión política, social. Con los pequeños, la cercanía, para ayudarlos a caminar, que no caigan; con los jóvenes, empujarlos para que continúen y, si se caen, déjalos que se levanten o ayúdalos a que se levanten, siempre recordando la única forma en que es legítimo mirar a uno de arriba hacia abajo; y vosotros [padres], con ese grito nostálgico pero hermoso por el «nido vacío»: tomad fuerzas para seguir adelante, porque el nido en la familia se llenará con los nietos; y con vosotros educadores, se llenará con los otros que vengan. Muchas gracias por lo que hacéis. Ahora os invito a rezar los unos por los otros juntos y también por mí, porque el trabajo siempre tiene dificultades, cada uno tiene las suyas.

Recemos el uno por el otro. [Dios te salve, ...]